

# MI AMIGO ALEMÁN

(Cuento)

Dr. Enrique Garcés Félix

El frío cala hasta los huesos en este invierno alemán. Los grandes edificios -nacidos ayer- reflejan una sombra parda y el semáforo de la calle desierta anuncia luces como titiretero sus muñecos, frente a un auditorium sin público. La nieve cae y cae. Hay un manto blanco inmenso donde se entierran las rodillas. El viento es helado y sopla irresistible. El paisaje es bello y desolado.

El señor Lehman, mi amigo, come diariamente en el mismo restaurante de la esquina que yo. Nunca hemos hablado una palabra. Somos amigos de mirada. Él ha salido a comer en este día blanco, sin quedarse en su casa, al igual que yo. Los dos somos solitarios. Él porque parece haber perdido todo y yo porque nunca tuve nada.

Por la ventana lo diviso venir. La locomoción del señor Lehman es especial. Llega hundiendo la muleta en la nieve y avanza al estilo del atleta de garrocha: medio lado adelante. Tac Tac. Injerto de carne y de madera... Medio lado siempre adelante... Tac Tac. Una capa negra amortaja el cuerpo incompleto y se la observa inflarse con el viento que penetra a través del boquerón que deja entrever la muleta y la pierna sobreviviente. La otra es simple dobladillo de lana negra de tiempo y de miseria. La manga derecha está vacía. Cae deshinchada, sucia de sudor, al fondo de la capa. El brazo ausente debe estar enterrado en el frente ruso ya hace muchos años. Parece ser que en las tardes frías le duele, pues lo busca con la mirada o simplemente le hormiguea, como si estuviese prendido todavía a su cuerpo. Hoy debe dolerle mucho porque el frío es glacial y por eso quizá viene escondiendo la suelta manga en el más recóndito pliegue de la capa.

Está muy cerca de la puerta. Los ojos le brillan muy azules sobre su cutis blanquísimo. Dan la vuelta las órbitas y recorren la memoria; luego se impacientan y vuelven a posarse en la muleta. Prisioneros azules de la torre semicircular de su desgracia. Una larga cicatriz de bayoneta le conecta patilla con quijada.

Ha entrado al restaurante. "Herr" Lehman se ha fatigado y tose largamente limpiándose la nieve. Camina nuevamente. Sólo la muleta y la capa negra desinflada van hacia delante. Nueva tos y nuevo descanso y al fin se sienta pesadamente frente a mí y empezamos a conversar con los ojos.

El mesón está atestado de hombres solos, sin duda, como nosotros. Siempre lleno de humo, de cerveza, de salchichas y jamones.

Los rostros blancos y rubios se contraen al ruido de los tenedores y al paso de los mozos. Todos mastican y mastican. Las soledades se unen en el calor humeante, grasoso y anónimo de este restaurante.

Herr Lehman me mira fijamente. Soy de otro mundo y me tiene más confianza. Habla conmigo en un lenguaje humano de vocalización óptica. Los dos, por un momento, hemos olvidado el alemán y el español.

Fuí agricultor. Luché por mi patria, por mi vieja Alemania perdida para siempre. Mi pequeño rancho donde cultivaba patatas, manzanas y hortalizas. En temporada salía a recoger esos frutos en cestos muy altos y anchos. Entrada la tarde retornaba a mi casa en un viejo coche, llamado "Margarita", el nombre de mi esposa. Preparaba el cargamento y lo remitía al mercado. Otras veces, abierto ya el surco se depositaban las semillas y el abono. Cerraba el día con una plegaria para que mejore la cosecha. Un rejo pequeño abastecía mi casa y aún me permitía cambiar la leche con otros productos. Hermandad, cristianismo, trabajo, paz, romanticismo. La guerra se lo llevó....

Margarita era hermosa. Me ayudaba en las faenas de campo y llevaba su hogar. Cocía a la maravilla los guisos familiares y por las noches hilaba la lana para tejer buzos de invierno. Teníamos dos hijos. Aquí hace una pausa. Deglute el trozo de carne estacionado en la garganta y apura la cerveza de un enorme vaso de medio litro.

Los niños me seguían muchas veces. Espantaban gorriones imprudentes o cortaban tulipanes y violetas y al fin, cansados del esfuerzo, regresaban dormidos en el coche. Y un día que no estaba, llovió bombas del cielo y cayeron la madre, los niños, los tulipanes, las manzanas, el rejo y los vecinos. La guerra me los robó....

Además yo sabía pintar en mi tiempo libre. Solía buscar los vados de los ríos o los arcos vetustos del Ayuntamiento. Solía cazar paisajes de mi Alemania -la que se fue-, sus gentes bondadosas, sus mujeres, sus niños y sus ancianos. Ciento cincuenta paisajes y quinientos retratos duermen conmigo cada noche. Ese brazo la guerra se lo llevó....

Y la "reconstrucción", fabuloso milagro, respondo aturdido. Cemento, Cemento, Cemento, me contesta.

Herr Lehman, se ha cansado. Está acesando sobre la mesa, casi embriagado.

Un mozo fuerte se acerca y le ayuda a levantarse. Le entrega la muleta, le coloca bien la manga vacía y la capa y le acompaña hasta la puerta. Medio lado hacia adelante, se aleja y se va. Injerto de carne y de madera se hunde en la nieve. La enorme avenida está muy blanca. Los grandes edificios y pasos a desnivel sólo reflejan largas sombras pardas.

